

En memoria de Luis Monteagudo García, eminente filólogo y arqueólogo (A Coruña 1919 - Santiago de Compostela 2018)

MARÍA CASTROVIEJO BOLIBAR*

Aunque mi profesión me llevó por otros derroteros, mi camino se cruzó por diversos motivos, con el mundo de la Arqueología. Había oído hablar tanto y tantas veces de Luis Monteagudo que mi encuentro con él me resultó entrañable y familiar. Austero en ropa y cabellos que, escasos, escapaban bajo su boina negra; mirada viva de ojos muy atentos, pestañas y cejas pelirrojas en una cara armoniosa y pecosa de aspecto irlandés. Su austeridad se contradecía con la expresiva elegancia de su lenguaje y movimientos, sobre todo el de sus manos pulcras, plagadas de pecas, siempre limpias y firmes, y cuando hablaba, atraía con igual magnetismo a un erudito que a un analfabeto. Tenía tendencia a transgredir convenciones sociales sobre todo en el atuendo, con vestimentas casi arqueológicas, lo que contrastaba con su inteligencia y sensibilidad. Cuando íbamos de excursión, por montes llenos de piedras y tojos, llevaba unas botas de suela lisa de tanto uso y con dos agujeros bien visibles en las puntas; un día lluvioso me ofrecí a regalarle unas nuevas, pero rechazó inmediatamente la idea con su peculiar sentido del humor: «sois unos tiranos, lo queréis tirar todo, estos dos agujeros son muy beneficiosos; por uno entra el agua y por el otro sale, y además, de paso me lava los pies».

Ya licenciado en Filosofía y Letras, con una beca de investigación de dos meses de duración, viajó a Italia y recorrió casi toda Europa en un ciclomotor, durante los dos años que «estiró» su beca y según decía, «aún me sobró para ahorrar algo».

Entre los rasgos principales de su personalidad destacaban su vitalidad, ironía, la claridad combinada con la audacia de sus ideas y la austeridad radical para sí mismo, muy distante de



La autora con Luis Monteagudo cerca del pazo de las Torres de Allo (Zas, A Coruña).
Foto: Alfredo Erias (22-04-2004).

* **María Castroviejo Bolibar** es médica oftalmóloga del Servicio Galego de Saúde (Complejo Hospitalario Clínico Universitario, Hospital de Conxo, Santiago de Compostela).



Texto y piezas del Museo de Ávila.

la generosidad con que compartía sus conocimientos y hallazgos. Sabía que el principal patrimonio humano, el que nos hace únicos, es el conocimiento y las colecciones científicas.

En una visita al Museo de Ávila, en 2013, pude comprobar la admiración que le profesaban sus colegas por los trabajos de conservación y excavación que dirigió en 1968-1969 en el Palacio de Valderrábanos, «edificado a finales del s. XV, cuando se puso al descubierto su riqueza arqueológica en las obras de conversión del edificio en hotel... y la intervención de Luis Monteagudo, director del Museo, logró resguardar el alfarje y practicar una rápida excavación de salvamento en cuyos perfiles, el arqueólogo entrevió la primera secuencia arqueológica de la ciudad... se conservaron piezas del antiguo artesanado, a punto de ser quemadas... la excavación de D. Luis Monteagudo le permitió estructurar la sucesión de ocupaciones desde el momento romano hasta el siglo pasado...»¹

Defendía y exigía un profundo respeto hacia las instituciones por él dirigidas, lo que le causó serios disgustos y represalias durante su época de director del Museo Arqueológico de A Coruña, (1972-1975), ya que los políticos pretendían utilizar el Castillo de San Antón para sus fiestas y reuniones. Tras la primera «reunión» su desolación fue inmensa al comprobar como «habían dejado las salas del museo llenas de restos de comida y desperdicios». Cuando los políticos anunciaron la segunda «reunión», el director negó el permiso, en defensa del Museo como centro científico. Se celebró la fiesta y al director lo echaron. Sobre esto, comentaba con ironía: «yo era director por oposición, no por digitación».

¹ Texto expuesto en el Museo Arqueológico de Ávila.



Museo de Ávila. Debido a un movimiento obligado en los Almacenes, la sección de Nuevos Fondos presenta, en 2013, los elementos de la techumbre del palacio de Valderrábanos, pintada en los albores del siglo XVI, que fueron rescatados por Luis Monteagudo en 1968/69 en una campaña de salvamento simultánea a las obras que convirtieron el edificio en el hotel actual. En el Almacén Visitable de Santo Tomé se han instalado las vigas; en el rellano de la escalera de la Casa de los Deanes, se muestran algunas tablas y una selección de los fragmentos arqueológicos recuperados en la excavación, acompañados del croquis de los perfiles dibujado in situ.

El alfarje, decorado con coloridos motivos vegetales, techaba una sala rectangular. Por su parte, los materiales recuperados, muy fragmentados todos, demuestran una secuencia de finales del siglo I a.C. al siglo XV, con un vacío desde la Tardoantigüedad hasta la Plena Edad Media.

Texto e imágenes en la web: http://museoscastillayleon.jcyl.es/web/jcyl/MuseosCastillayLeon/es/Plantilla100Detalle/1258100892610/_/1284261139378/Recurso?plantillaObligatoria=17PlantillaContenidoImagenAmpliada

Con aplomo, en los momentos críticos gustaba repetir la máxima estoica: «aunque el mundo se derrumbe a mis pies, impávido me cogerán sus cenizas». Su sensibilidad y empatía hacia los desfavorecidos le llevaron a ocuparse de la formación de hijos de artesanos y campesinos cuando, en sus excursiones por lugares remotos de Galicia, encontraba jóvenes con talento, y no dudaba en convencer y ayudar a los padres para que aquellos estudiaran. Tampoco dudaba en facilitar información y documentación personal al estudioso, pero no soportaba el plagio.

Solía decir: «en este país al que copia de un libro se le llama copión, pero, al que copia de dos se le llama original». Parecía incansable en su afán por conocer a fondo todo lo que le rodeaba, fuese una palabra, un edificio histórico, una obra de pintura, escultura, música, literatura... No conocía horarios ni fronteras; y disfrutaba cuando departía con profesionales de otras ramas, fuera cual fuera su ocupación o procedencia. Tanto podía hablar del poder curativo de las plantas con un botánico, como de los instrumentos de cirugía con un médico. Dibujaba objetos arqueológicos con tal precisión y fidelidad que se podía ver el brillo del metal y la corrosión del óxido en una pieza dibujada por él.

Publicó un erudito trabajo sobre la cirugía en el Imperio Romano en el que lamentaba haber dejado los dibujos y texto a un «amigo médico» que ofreció su colaboración. Como pasa a veces, se quedó sin el texto, sin los dibujos y sin el amigo. Pero, sin desaliento y con la constancia tan propia de su carácter, llevó a cabo su publicación, por suerte para nosotros².

Cuando empecé a escribir estas líneas, mi idea era comentar dicho trabajo y durante semanas me sumergí en el estudio de su texto. A medida que iba profundizando en su lectura, iba aumentando mi admiración por su investigación acerca de la medicina romana; analiza la etimología, los orígenes sociales, los objetos hallados en las tumbas de los médicos -como los sellos de identificación-, la práctica y especialidades de la medicina, categoriza los actos médicos, los talleres de instrumentos quirúrgicos, incluye dibujos a escala y fotografías, realiza una clasificación morfológica y funcional del instrumental, de las suturas y accesorios y, por último, describe con minuciosidad el uso de cada instrumento, e incluso relata algunas técnicas quirúrgicas, y lo hace con tal precisión y detalle que yo misma me atrevería a practicarlas... y he de decir que algunas no están tan lejos de las actuales. Su estudio es tan interesante y denso como polifacético, y animo a toda persona interesada en el campo de la medicina y cirugía a que lo lea.

Luis Monteagudo, a sus 91 años, rindió un sentido homenaje a su madre con la publicación del libro: *MI MAMÁ: cocinera-repostera*³, que definió como «homenaje sentimental a una madre», en donde incluye cuatro apéndices científicos -etimología etrusca de 70 plantas y 48 mariscos-, además de múltiples dibujos en miniatura, que enriquecen aún más el texto. Y continuó trabajando hasta el final. Lamento que en temas de salud hiciese poco caso a los consejos médicos, pues desechó tratamientos que podrían haberle evitado terminar sus días en una silla de ruedas, prácticamente sordo y ciego. Actitud que se contradice con sus palabras cuando escribe «... la maravilla de la cirugía romana reside principalmente en la lógica del método terapéutico...»⁴

Lo echaremos de menos con frecuencia y seguirá viviendo en nuestro recuerdo con cariño y admiración.

² MONTEAGUDO, Luis (2000): «La cirugía en el Imperio Romano». *Anuario Brigantino*, pp. 85-150.

³ MONTEAGUDO, Luis (2011): *MI MAMÁ: cocinera-repostera*. Imprenta San Martín, Santiago de Compostela.

⁴ MONTEAGUDO, Luis (2000): «La cirugía en el Imperio Romano». *Op. cit.* pág.86.